



AVISO LEGAL



Artículo: Cuba defendida. Contra otra leyenda negra

Autor: Fernández Retamar, Roberto

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 5, año VIII, núm. 47 (septiembre-octubre de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Fernández, R. (1994). Cuba defendida. Contra otra leyenda negra. *Cuadernos Americanos*, 5(47), 22-45. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUBA DEFENDIDA. CONTRA OTRA LEYENDA NEGRA

Por Roberto FERNÁNDEZ RETAMAR
CASA DE LAS AMÉRICAS, CUBA

A la memoria de Pepe Rodríguez Feo, quien gracias a Pedro Henríquez Ureña descubrió en Harvard a nuestra América y puso su talento, su bondad, lo que aprendió en los Estados Unidos y su riqueza al servicio de Cuba, donde hace poco ha muerto, amado y respetado.

La mirada de los otros¹

PARA LOS ANTIGUOS EGIPCIOS, los griegos —incluso los del periodo considerado clásico—, a los que miraban como a niños, por encima del hombro, eran impuros. Para los persas, eran un pueblo de charlatanes. Por su parte, los griegos llamaban a los anteriores, y en general a los demás pueblos, “bárbaros”, palabra que podría equivaler a la nuestra “extranjero” (que es prima hermana

* Este texto lo escribí a instancias de Ambrosio Fornet con vistas a una entrega de *The South Atlantic Quarterly* (publicada por la Universidad de Duke) que estará dedicada a Cuba y aparecerá próximamente en inglés. Fredric Jameson, quien dirige el Consejo Editorial de *The South Atlantic Quarterly*, pidió a Fornet ser “editor invitado” de dicha entrega. He traducido al español algunas citas, al adelantar ahora el trabajo, del cual, por otra parte, utilicé varias páginas para una conferencia que con el título “Contra las leyendas negras” leí el 26 de octubre de 1993 en las Jornadas “Iberoamérica en vísperas del siglo XXI”, organizadas por la Casa de Colón, de Las Palmas de Gran Canaria.

¹ Varios de los conceptos (y de las citas) de este acápite los expuse ya en trabajos anteriores, señaladamente “Algunos usos de civilización y barbarie”, *Casa de las Américas*, núm. 102 (mayo-junio de 1977), cuya versión más reciente apareció en el libro homónimo, segunda edición, Buenos Aires, 1993, y “Calibán quinientos años más tarde” [1992], publicado en la revista *Nuevo Texto Crítico* (Stanford University), núm. 11 (primer semestre de 1993).

de “extraño”) pero con un fuerte sentido peyorativo. Sin embargo, para los griegos clásicos el concepto de “bárbaros” era cultural, no étnico, pues consideraban tales a pueblos también indiscutiblemente griegos, sólo que socialmente atrasados según sus criterios. Lo importante era que, como escribió luego en su *Política* Aristóteles, “los bárbaros” estaban “por naturaleza capacitados sólo para la esclavitud”.

Por su poca importancia en el momento del apogeo de los griegos, éstos apenas tomaban en cuenta a los latinos de la época, aunque sin duda serían considerados también bárbaros. Sin embargo, cuando a los latinos les llegó la ocasión de convertirse en nuevo eje del área, se proclamaron herederos directos de los griegos, y regalaron graciosamente la denominación de “bárbaros” a otros pueblos colindantes, señaladamente los germanos. Y tampoco para los latinos esto implicaba un distingo étnico. En los documentos del Imperio Romano no se hacía constar, por ejemplo, el color de la piel ni cualquier rasgo somático similar. Simplemente se era o no *civis romanus*.

Un avatar posterior del término “bárbaros” lo ha complicado considerablemente. Cuando, extinguido a su vez el Imperio Romano, la sociedad que nació de su *humus*, mezclándolo con muchos otros elementos (los de origen germánico en lugar destacado), es decir el autollamado Occidente (por alusión a una parte de Europa), vino a considerarse nuevo eje etnocéntrico, volvió a hacer donación del vocablo, descerrajado ahora sobre el resto del mundo, pues el saqueo de éste fue imprescindible para la edificación de aquél. Y con el propósito de cohonestar tal saqueo, se pidió en préstamo a la zoología un vocablo/concepto que hasta entonces no se había aplicado a los humanos: “raza”. Los nuevos “bárbaros” padecerían así el prejuicio racial, nacido según el economista estadounidense Paul M. Sweezy, de “la necesidad de los conquistadores europeos del siglo xvi en adelante de racionalizar y justificar el robo, la esclavitud y la continua explotación de sus víctimas de color en todo el mundo”. Esos conquistadores se autobautizaron en el siglo xviii “la civilización”. Y en este siglo nuestro, en que Occidente incluye naciones ultraoccidentales como los Estados Unidos y orientales como Japón, ha añadido un nuevo autobautizo: “Norte”. Siempre metafóricamente, los otros, desdeñados, han sido, o siguen siendo, la barbarie, los pueblos de color, el Tercer Mundo, el Sur.

Del milenario egipcocentrismo, que comencé citando y por razones de época sólo afectó a unas cuantas comunidades cercanas,

al actual nortecentrismo, que afecta a toda la Tierra, el proceso de otrificación (el cual a menudo supone el otricidio de que habló Eduardo Galeano) sigue líneas de pensamiento similares. ¿Cómo olvidar que insultos como ‘beocio’, ‘filisteo’ o ‘cafre’ son nombres de pueblos —tan dignos como cualesquiera otros— vilipendiados por ocasionales enemigos? Y no es sólo cuestión de vocablos/conceptos. También lo es de imágenes/conceptos, como vio Miguel Rojas Mix, quien dijo: ‘En el mundo moderno lo exótico... pasa a través de los problemas Norte-Sur. Incluso el hambre forma parte del exotismo para los países ricos... Nuevamente el Sur es ‘exótico’, frente a un Norte ‘normal’’.²

A menudo la presentación sombría o negativa afecta no a una comunidad sino a un individuo. Me limitaré a señalar unos pocos entre innumerables casos. Por ejemplo, las expresiones Pedro el Cruel y Pedro el Justiciero se refieren al mismo rey español, sólo que nombrado, lógicamente, desde dos perspectivas distintas. Bernard Shaw aseguró que si Iván el Terrible se hubiera casado con Isabel de Inglaterra, hubiera sido conocido como Iván el Atemorizado. Y el voivoda de Valaquia Vlad III, que gobernó en el siglo xv, es admirado en Rumania: pero este belicoso gobernante, que luchó en favor de su pueblo contra los turcos (como harían los españoles en Lepanto), no escatimando medidas terribles que le valieron el sobrenombre de Tepes (‘El Empalador’), incluso durante su vida empezó a ser presentado por sus enemigos a una luz sombría, y ha alcanzado repercusión mundial con otro sobrenombre, que en 1897 Bram Stoker usó para titular su clásica novela gótica *Drácula*.

A criterios así, falsos o sin base objetiva suficiente, provocados por la mirada de los otros (‘*l'enfer, c'est les Autres*’, dijo el famoso personaje de Sartre), llamo, valiéndome de una expresión manida, las leyendas negras.

La Leyenda Negra antiespañola

COMO se sabe de sobra, la más difundida de las leyendas negras de estos siglos en relación con un país es la que forjaron contra España, a partir del siglo xvi, las oligarquías de los países europeos que le disputaron (y al cabo le arrebataron) la hegemonía en el proceso de colonización mundial iniciado por ella tras el azaroso e importante arribo de 1492, que llevaría a dividir a los países de la Tierra en

² Miguel Rojas Mix, *América imaginaria*, Barcelona, Lumen, 1992, p. 251.

los dos grupos que hoy la integran: el de los subdesarrollados, y el de los subdesarrollantes. Para sorpresa de algunos superficiales, he impugnado con todas mis fuerzas aquella campaña, en especial en mi trabajo de 1976, "Contra la Leyenda Negra".³ Como tal trabajo ha sido republicado en varios países, a él remito a mis lectores. Me limitaré a recordar que tal leyenda no tuvo por finalidad, en manera alguna, defender a los pueblos agredidos (agredidos por el naciente capitalismo, no por un país en particular), los cuales recibieron peor trato aún de las naciones rivales, sino simplemente desprestigiar a la poderosa España. Esa diatriba decía verdades al hablar de los crímenes del colonialismo español, pero pretendía hacer creer que los crímenes eran imputables a España, no al colonialismo. De esa forma se aspiraba a cambiar la naturaleza del delito (que otras naciones multiplicarían) mediante lo que, a fin de cuentas, terminó siendo otra variante del racismo. Tal intento de cambio se propuso menoscabar a uno de los grandes pueblos creadores y a una de las mayores culturas de la historia: el pueblo y la cultura de la España de la cual (fundida con otras comunidades) provenimos tantos en nuestra América, y que no es sólo la de Cortés y Pizarro, sino también la de Las Casas y santa Teresa. Dije que combatí (y combato) aquella campaña con todas mis fuerzas, al igual que combatí y combato todo tipo de colonialismo. Y lo hago por amor a la justicia, en primer lugar; y también porque la Leyenda Negra antiespañola, insensatamente asumida y propagada por compatriotas americanos, no ha podido sino lastimarnos, como le ocurre a quien corta la rama donde está. Mi divisa en este orden bien podría ser el verso del cholo Rubén Darío (a quien José Ortega y Gasset llamó "indio divino"): "Soy un hijo de América, soy un nieto de España"; o los del mulato Nicolás Guillén, al evocar en inolvidable balada a sus dos abuelos, español uno y africano otro.

Haipacu

EN nuestra América no nos han escaseado las leyendas negras. Proyecto hace tiempo un ensayo cuya idea adelanto aquí. Versará sobre un país imaginario que es síntesis de otros, reales, cada uno de los cuales ha sido satanizado por distintas metrópolis a causa de haber seguido trayectorias originales, lo que no se le ha perdonado. El país imaginario se llama Haipacu; los países reales se llaman

³ Publicado originalmente en *Casa de las Américas*, núm. 99 (noviembre-diciembre de 1976). Su versión más reciente apareció en el libro citado en la nota 1.

Haití, Paraguay y Cuba; las metrópolis, respectivamente, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. No tengo ahora tiempo ni espacio para demorarme en las menudencias históricas, así que ruego que me excusen los epítomes taquigráficos que estoy obligado a hacer.

La gran Revolución Francesa iniciada en 1789 (desde hace un tiempo sometida también ella a su leyenda negra) provocó, a través de un complicado proceso, vastas repercusiones en el Caribe, muchas de las cuales Alejo Carpentier evocaría en espléndidas novelas como *El reino de este mundo* (1949) y sobre todo *El siglo de las luces* (1962): tales repercusiones se hicieron sentir de modo particularmente intenso en lo que era el Santo Domingo francés, que quizá fue en la época la colonia más rica del mundo (es decir, la que proporcionalmente aportaba mayores riquezas a su metrópoli).⁴ Entre las más hermosas de tales repercusiones se encuentra algo que ocurrió hace dos siglos: el 29 de agosto de 1793 fue abolida allí la esclavitud que padecían los negros. Se trató de un paso de incalculable trascendencia, y era la primera vez que ello ocurría, con carácter nacional, en el mundo moderno. Sin embargo, ¿se ha sabido de las esperables celebraciones mundiales realizadas el 29 de agosto de 1993 con motivo de la efemérides? Es verdad que vivimos en una triste época de complaciente presentismo (reina lo que el poeta Jorge Guillén llamó “el velocísimo Ahora”), pero siempre se encuentra ocasión para conmemorar ciertas cosas. Cuando la humanidad llegue a ser lo que merece, recordará con orgullo aquel 29 de agosto de 1793.

Y muchas cosas más hay que recordar referidas al Santo Domingo francés. Por ejemplo, que inició la independencia de nuestra América, proclamándose libre el primero de enero de 1804 y asumiendo el nombre que los aborígenes habían dado a su tierra: Haití; que para ello debió derrotar a las hasta entonces invictas tropas napoleónicas (luego conocerían las derrotas infligidas por los pueblos de España y Rusia); que la nación haitiana prestó ayuda a Simón Bolívar, “aquel hombre solar”, como lo llamó José Martí, pidiéndole a cambio, tan sólo, que aboliera él también la esclavitud en los territorios que liberara, lo que ciertamente hizo. Las metrópolis no perdonaron estos hechos. Napoleón (para quien la gran divisa “Libertad, Igualdad, Fraternidad” no pasaba de ser una vaciedad

⁴ Cf. Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Madrid, Alfaguara, 1970; y Eric Williams, *From Columbus to Castro. The History of the Caribbean 1492-1969*, Londres, Deutsch, 1970.

retórica) envió un ejército de primer orden, al mando de su cuñado el general Leclerc, para restablecer la esclavitud en las posesiones francesas en el Caribe. Los haitianos combatieron contra ese ejército con denuedo y tesón ejemplares, y, como ya recordé, lo vencieron. Su jefe, Leclerc, y algunos de sus soldados perecieron de enfermedades tropicales. Pero fueron las tropas haitianas quienes derrotaron a las agresoras tropas esclavistas. Esta palmaria verdad no podía ser aceptada por las metrópolis, las cuales echaron a rodar hasta hoy la especie de que fue el clima lo que las venció. A su moral de opresores le convenía más hacer creer que habían sido diezmados por enfermedades antes que por ex esclavos. Napoleón, sin embargo, que no tenía un pelo de tonto, sabía bien que esto no fue así. Y enfurecido, y viendo deshacerse su plan de levantar un gran imperio colonial americano, accedió, violando un acuerdo tomado con España, a vender la Luisiana a los Estados Unidos, pero con una condición: que este último país se sumara al brutal bloqueo al que sometería a la irreductible Haití. Los pragmáticos gobernantes de los Estados Unidos aceptaron de inmediato. Haití, que había cometido pecados tan imperdonables como abolir precozmente la esclavitud —sin la cual no hubiera podido desarrollarse en la forma en que lo hizo Occidente, como estudió Eric Williams en su clásico *Capitalism and slavery* (1944)— fue puesta por ese Occidente a la cabeza de su lista/leyenda negra, hostigada, privada de la menor ayuda. Trágicamente desfasada, además, por cuanto sus adelantos político y social no coincidieron con un adelanto estructural equivalente (¿con qué sustituir en esos instantes el sistema de plantaciones, basado en la esclavitud, que contribuyó a enriquecer a Francia?), la pionera y heroica Haití es hoy el país más pobre de América y uno de los más pobres del mundo.

Tocante a Paraguay,⁵ hay que recordar que en el Virreinato del Río de la Plata las aspiraciones independentistas alentadas a partir de 1810 por hombres magníficos como Mariano Moreno y José de San Martín fueron acompañadas por luchas intestinas que lo fragmentaron, dando lugar a lo que hoy son Argentina, Uruguay y Paraguay. En todos ellos hubo proyectos auténticamente independentistas (tildados de “bárbaros”, como el de José Gervasio de Artigas),

⁵ Cf. Sergio Guerra Vilaboy, *Paraguay: de la independencia a la dominación imperialista 1811-1870*, La Habana, 1984; y Jean Batou, “Nineteenth-Century attempted escapes from the periphery. The cases of Egypt and Paraguay”, *Review Fernand Braudel Center*, vol. XVI, núm. 3 (verano 1993).

y otros que en gran medida supusieron cambios de amos (considerados "la civilización"). Estos últimos proyectos terminaron por triunfar de momento en la Argentina y Uruguay, y los uncieron, neocolonialmente, a metrópolis como la británica. En Paraguay, sin embargo, un proyecto de la naturaleza de los primeros, autóctono, realmente independentista, apoyado por las masas populares y en su favor, tuvo éxito, y entre 1811 y 1870, a lo largo de tres gobiernos, lo hizo el único país que en la América nuestra del siglo XIX prácticamente erradicó el analfabetismo, el desempleo, la mendicidad, y no contrajo deuda externa. Es verdad que ello se logró, en el primero de aquellos gobiernos, gracias a la política de un hombre autoritario, extraño y austero, que ha sido comparado con los jacobinos,⁶ al cual dio voz magistralmente Augusto Roa Bastos en su novela *Yo el Supremo* (1974). Ese gobernante, y en general el Paraguay que durante cerca de sesenta años fue una excepción en la turbadísima Hispanoamérica de la época, padecieron la que hasta estas décadas fue, junto con la de Haití, la más violenta leyenda negra de nuestro continente. Como en todos los casos similares, ella fue creada y propagada por sus enemigos: con tanta insistencia y tantas sombras que llegó a permear incluso a quienes por intereses propios debieron haberla impugnado. Los que han hablado (y aún hablan) de las durezas de aquellos regímenes paraguayos, ¿cómo pueden absolver a la ligera los pavorosos crímenes cometidos y proclamados con orgullo por las oligarquías rioplatenses contra indios y gauchos a nombre de la presunta "civilización"?

Lo que no se le podía perdonar a Paraguay era que mostrara al mundo la viabilidad de un régimen propio, no neocolonial ni oligárquico, apoyado por su pueblo. Al cabo, azuzados sobre todo por Inglaterra, los gobiernos de tres países colindantes, sucursales de las metrópolis, desataron en la década del sesenta del pasado siglo la que sería conocida como la Guerra de la Triple Alianza, una de las más vergonzosas ocurridas entre nosotros. El argentino Juan Bautista Alberdi, quien en su juventud había asumido fogosamente el supuesto proyecto "civilizador", secundó en su madurez la causa paraguaya —que lo era de nuestra América toda, como casi en los mismos años lo fue la causa contra el imperio de Maximiliano en México—, y denunció con energía lo que llamó "el crimen de

⁶ También los revolucionarios haitianos fueron comparados con los jacobinos; cf. el libro de Cyril L. R. James, *The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and Saint Domingue revolution* (1937), 2a. ed. revisada, New York, Vintage, 1963.

la guerra". La defensa que el pueblo paraguayo hiciera de su territorio, su independencia, su proyecto, imperfecto pero propio, es uno de los altos momentos de nuestra difícil historia. Enfrentado a tres ejércitos que, mancomunados, eran inmensamente mayores que el suyo, y contaban con el impulso inglés, resistió durante un lustro, hasta que en marzo de 1870, en la batalla de Cerro Corá, sucumbió ante el abrumador número de los atacantes. Del millón de paraguayos que se ha calculado para principios de la década del sesenta, quedaban con vida en 1871 algo más de docientos mil, de los cuales la mitad eran mujeres, ochenta y seis mil niños y sólo unos treinta mil hombres, muchos de ellos ancianos. Se dice que fue necesario autorizar la poligamia para repoblar al país. Cuando en 1876 los vencedores abandonaron la diezmada nación, que además saquearon y mutilaron, le habían impuesto, por descontado, sus ordenamientos "civilizadores". También es conocido que Paraguay es hoy uno de nuestros países más pobres —él, que prácticamente no tenía ni analfabetismo ni desempleo ni mendicidad ni deuda externa.

Como Cuba es el último país de Haipacu, y su punto más ígneo no se encuentra —como en los casos mencionados de Haití y Paraguay— en el pasado sino en el presente, voy a concederle un lugar aparte. Ese lugar, por otra parte, ocupa, como es obvio, sitio central en este trabajo.

Cuba defendida

EL título de este acápite (que lo es del trabajo todo) es un homenaje al que lleva la obra juvenil de Quevedo *España defendida...* (1609), en que el autor de *Los sueños* consideró deber suyo "responder por mi patria y por mis tiempos", cuando cobraba ímpetu la leyenda negra anticspañola. Si hoy por hoy existe una auténtica leyenda negra en América, es la urdida en torno a mi patria chica, donde vivo (no obstante saberme cosmopolita y haber residido felizmente, y pudiendo hacerlo, en otros países cuyos pueblos quiero, como los Estados Unidos y Francia) porque, debido a razones morales, me siento obligado a compartir sus carencias y riesgos, ya que su presunto pecado (como en los casos que mencioné antes, o en el México de Zapata y Cárdenas, la Nicaragua de Sandino y el sandinismo, la Guatemala de Arévalo y Arbenz o el Chile de Allende, para sólo aducir algunos ejemplos) es haberse propuesto un camino propio y justo, no exento de errores que no definiendo,

aunque son inevitables en las cosas humanas, pero sobre todo no exento de dignidad.

La condición de piedra de escándalo que se atribuye a la Cuba actual puede deberse a varias causas. Por ejemplo, a que es un epifenómeno de la llamada guerra fría, en la cual su deslucido papel es el de satélite de uno de los contendientes, la Unión Soviética. Pero la guerra fría dicen que se acabó. La Unión Soviética, indudablemente. Y la Cuba revolucionaria sobrevive, así sea en condiciones de terrible asedio, que la han hecho una angustiada plaza sitiada. Si bien nunca fue satélite de nada, ¿cómo podría serlo hoy de algo que ya no existe? Esta hipótesis, pues, ya ninguna persona en sus cabales la sostiene.

Otra hipótesis, muy del gusto de quienes están todavía inficionados por la vieja Leyenda Negra antiespañola, afirma que un terco señor de ostensible raíz hispánica se mantiene aquí sobre un pueblo amedrentado. Sin embargo, los antepasados de ese pueblo guerrearon en el siglo XIX durante treinta años por su independencia, y lo hicieron contra un ejército metropolitano mayor que la suma de los que enfrentaron los libertadores continentales, a quienes con orgullo consideramos también nuestros. Los antepasados de ese pueblo rechazaron luego ser absorbidos por una nueva metrópoli poderosa, y lucharon, al precio de muchas vidas, contra una tiranía que derrocaron en 1933. Ese pueblo, a un precio aún más alto, derrocó a otra tiranía similar en 1959, venció en 1961 a una invasión mercenaria enviada por el nuevo Imperio, y ha auxiliado en campos muy variados a muchos otros pueblos (por ejemplo, ha enviado a los países pobres más médicos que toda la Organización Mundial de la Salud). ¿Quién con vergüenza se atreverá a llamar amedrentado a un pueblo así, cuyos hombres y mujeres pueden regalar coraje —y lo han hecho? Se trata, debe añadirse, del único país en la actual América nuestra sin analfabetismo ni desamparo, que aun en medio de un crudelísimo bloqueo no ha cerrado ni una escuela ni un hospital; de un país cuyos logros científicos, literarios y artísticos de estos años son mundialmente reconocidos; de un país que en los Juegos Olímpicos realizados en Barcelona en 1992 quedó en quinto lugar, y al que un informe del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) divulgado en Nueva York en 1993 sobre el número de niños que mueren por cada mil menores de cinco años coloca sólo un punto más alto que los Estados Unidos, cuyo producto interno bruto (PIB) per cápita es casi once veces mayor. Singular cuadro, en verdad, para un país sobre el que se ha arrojado una implacable

leyenda negra. Y muchos afirman que los males, presuntos o verdaderos, de ese país deben atribuirse a aquel terco señor. (Entre paréntesis: ¿deben atribuírse también, puesto que se dice que todo lo puede, las notorias virtudes reales?). Al hablar de los otros países de Haipacu, omití mencionar los nombres de sus gobernantes, porque tengo la convicción de que los bloqueos y agresiones padecidos por esos países no se debieron a esos gobernantes (como también en su tiempo fue dicho), sea cual sea el juicio que la Historia les depare, sino a las medidas anticolonialistas y antioligárquicas defendidas por los pueblos respectivos. ¿Por qué aceptar que es otro el caso de Cuba?

Los invito a considerar una tercera hipótesis. No es posible ignorar que las actuales dificultades de Cuba tienen que ver esencialmente con sus nexos con los Estados Unidos, los cuales en 1898, invocando pretextos humanitarios, la invadieron y le impidieron su independencia (volveré sobre ello), que sólo vino a ser alcanzada en realidad el primero de enero de 1959, exactamente ciento cincuenta y cinco años después de la de Haití. Molestos por el hecho (como en su tiempo Napoleón con los haitianos), los gobernantes de los Estados Unidos dejaron de comprarle en 1960 el azúcar que, según convenio, Cuba había producido para aquella nación, obligándola a vincularse de modo creciente en lo económico, y luego en lo político, con países de la Europa Oriental; a principios de 1961, rompieron relaciones diplomáticas con la Isla, fueron forzando más tarde a los gobiernos de los demás países americanos a proceder de modo similar (sólo los de Canadá y México se abstuvieron de hacerlo), y lograron que la Organización de Estados Americanos la expulsara de su seno; en abril de aquel año 1961, después de prepararla minuciosamente desde 1959, enviaron contra ella una invasión mercenaria urdida por una administración republicana y llevada a cabo por una demócrata; en 1962 la bloquearon militarmente (este bloqueo cesó poco después) y económicamente (este bloqueo fue reforzado en 1992 por la Enmienda Torricelli, reiteradamente rechazada por la Organización de Naciones Unidas, la Comunidad Europea, la Cumbre Iberoamericana celebrada en 1993 en Brasil, y múltiples países... pero en la práctica se ejerce bajo cuerda), han planeado y ejecutado incontables agresiones contra ella, y desde 1959 hasta hoy la mantienen sometida, a través de sus poderosísimos medios de desinformación y los que les hacen eco, a una incesante campaña calumniosa, sustento de la actual leyenda negra. Cuando esa campaña ya estaba a todo vapor, en 1959 y 1960, la revolución de

Cuba *ni se había proclamado ni era socialista*. Y es que el socialismo asumido luego no ha sido la razón (sino la principal excusa aducida) de la agresiva conducta estadounidense contra Cuba. ¿O es que eran socialistas desde el México al que a mediados del siglo pasado los Estados Unidos le arrebataron la mitad de su territorio hasta la República Dominicana, Granada y Panamá cuando las invadieron, respectivamente, en 1965, 1983 y 1989?

Para entender el diferendo (válgame el galicismo) cubano-estadunidense, no nos basta tomar en cuenta treintaitantos años, por convulsos que hayan sido. Se requieren al menos dos siglos: si Miguel de Unamuno sugería no vivir al día sino a los siglos, Fernand Braudel recomendaba "*la longue durée*". Y es imprescindible considerar la gran aventura que inició un nuevo capítulo en la historia cuando en 1776 las Trece Colonias, entonces sólo un puñado de tierras y de gentes, emitieron una inolvidable *Declaración*, previa a la francesa de 1789, y desencadenaron contra Inglaterra la que iba a ser la primera guerra independentista victoriosa en América. Esa independencia nos parece admirable, a pesar de que aquella *Declaración*, donde se afirmó desafiadamente que "todos los hombres han sido creados iguales", sería contradicha pronto, pues la esclavitud se mantendría durante casi un siglo en la República nacida de esa guerra. Los hombres que en el papel eran iguales resultaron luego ser sólo varones blancos y ricos: no los indios, que en su gran mayoría fueron exterminados como alimañas, ni los negros, que continuaron esclavizados. La nación que entonces surgió era además, para decirlo en palabras de Martí, "cesárea e invasora".

No me canso de citar un libro fundador sin cuyo conocimiento no puede entenderse de veras lo que ha pasado en nuestro mundo en los dos últimos siglos: me refiero a *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, del gran historiador cubano Ramiro Guerra, conservador por más señas. Guerra sostuvo allí con irrefutable fundamentación que:

en América, bajo nuestros ojos, se está desarrollando un nuevo ciclo de dominación colonial. Los países descubiertos y conquistados por los españoles están sometidos lentamente a un nuevo proceso colonizador... Quien conozca el proceso desde su origen... no puede abrigar duda alguna... de que el cambio en el estado político de las antiguas colonias españolas no alteró en lo sustancial el conflicto... que venía produciéndose. Cuando el centinela español fue sustituido por el centinela mexicano en la frontera de Texas, los norteamericanos no hicieron distingo alguno. La Luisiana pasó a poder de los Estados Unidos en 1803; la Florida occidental, en 1810; la Florida oriental,

en 1821; Texas, en 1836; Nuevo México y California, en 1848... Al terminar el siglo [XIX], esa labor estaba concluida en lo fundamental. La expansión estaba lista para dirigirse al Sur en un rumbo previsto por Jefferson desde 1805. Esta nueva etapa ha llevado las empresas de conquista, dominación política y penetración económica de los Estados Unidos a las Antillas, la América Central, Panamá y la América del Sur.⁷

Hasta ahí Ramiro Guerra, en 1935. Casi sesenta años después, lo único que cabe añadir es que esas empresas han desbordado hace tiempo los límites del Hemisferio Occidental y recorren la vasta Tierra.

Volvamos por un momento a Jefferson, tan oportunamente mencionado en la cita. Se conmemoró en 1993 —y ese hecho sí se conmemoró— el 250 aniversario del nacimiento de este prócer, redactor de la *Declaración de Independencia* de 1776, tercer presidente de la Unión, cuyo nombre ha unido allá al gobierno democrático y la libertad individual. Fue sin duda un hombre grande. Pero Antonio Machado hizo decir a Juan de Mairena que la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero, añadiendo que aquél estaba de acuerdo con la sentencia, mientras a éste no le convenía. He aquí algunas cosas que entre 1805 y 1823 el porquero oyó de labios de Jefferson sobre Cuba, de la que se dijo que llegó a convertírsele en una obsesión:⁸ “en el evento de hostilidades, él [Jefferson] consideraba que las Floridas Occidental y Oriental y sucesivamente la isla de Cuba, cuya posesión es necesaria para la defensa de la Luisiana y la Florida... serían una fácil conquista” (1805); Napoleón, “[a]unque con dificultad... consentirá en nuestro recibimiento de Cuba en la Unión... tendríamos un imperio para la libertad como jamás se ha visto otro desde la creación” (1809); “la agregación de Cuba a nuestra Confederación es exactamente lo que se necesita para redondear nuestro poder nacional y llevarlo al más alto grado de interés” (1823); y ese mismo año, al contestar la consulta del presidente Monroe sobre la propuesta de Canning para una declaración conjunta, reiteró: “Francamente que siempre he mirado a la isla de Cuba como la agregación más interesante que pudiera hacerse a nuestro sistema de Estado”.

⁷ Ramiro Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, Cultural, 1935, pp. 12-14.

⁸ Cf. Manuel Medina Castro, *Los Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1968.

Aquella declaración conjunta le fue birlada al astuto canciller inglés Canning por su homólogo el astuto norteamericano John Quincy Adams, quien ese crucial 1823 (un año antes de Ayacucho) había informado al ministro de su país en Madrid que Cuba debía permanecer como colonia española hasta que, como la fruta madura cae a tierra, cayera, inexorablemente, en manos de los Estados Unidos. Fue él quien redactó la que sería conocida como Doctrina Monroe, emitida ese año, y cuya síntesis es "América para los americanos": expresión en la cual "América" significa el Hemisferio Occidental de polo a polo, y "americanos", los estadounidenses. Aunque Bolívar no debió de conocer la frase jeffersoniana según la cual proyectó "un imperio para la libertad" (verdadero oxímoron que sin embargo es una insustituible definición), le bastaron la Doctrina Monroe y hechos como las maquinaciones yanquis con el fin de entorpecer los proyectos con que él concibió el Congreso de Panamá,⁹ para escribir en 1829 que "los Estados Unidos... parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad".

Sólo si se saben realidades como las anteriores puede calibrarse con justicia nuestra historia. Resumiré, en aras de la brevedad, las relaciones cubano-estadunidenses a lo largo del tiempo con esta cita que Darcy Ribeiro escribiera hace un cuarto de siglo

Se deben a Cuba... las dos orientaciones sobresalientes sobre la política norteamericana respecto a los demás países del continente. La primera fue la Doctrina Monroe, nacida como un esfuerzo tendiente a fundamentar jurídicamente la dominación de la isla. La segunda es la Alianza para el Progreso, formulada como una respuesta al desafío representado por la revolución cubana, tanto en su fisonomía inicial reformista, como en su formulación definitiva, y que consiste simplemente en un mecanismo financiero de sostenimiento del *status quo*, mediante la renovación del pacto con los aliados tradicionales de los yanquis: las viejas oligarquías latinoamericanas para las cuales el sistema vigente es también altamente rentable. En toda la historia de la América independiente se contraponen el gigante del continente y la pequeña isla osada. Nacidos juntos e incluso asociados por la viabilidad económica que la próspera explotación azucarera de las Antillas dio a las colonias inglesas pobres, continúan polarizadas hasta hoy, como dos personajes históricos disociados en todo pero sin embargo complementarios.

⁹ Cf. Leopoldo Zea, "Las instrucciones de Henry Clay", en *Archivo Histórico Diplomático Mexicano* (México, SRE), 4a. época. núm. 18 (1985).

Unas líneas antes, había escrito el agudo brasileño refiriéndose a hechos ocurridos en las últimas décadas:

allí donde todo parecía adverso, donde era mayor la penetración imperialista y más alta la rentabilidad de los inversionistas norteamericanos, donde la oligarquía local era más servil, exactamente allí fue donde primero se rompió la cadena de la dominación. Y se rompió precisamente porque se estructuró, desde los primeros pasos, como una lucha por la conquista del poder político, entregándose simultáneamente al combate abierto contra la dictadura y contra la ordenación total de la sociedad humana... Ninguna de las dos guerras mundiales, ningún acontecimiento internacional tuvo, por esto, mayor impacto sobre Estados Unidos que la revolución cubana.¹⁰

Esto lo escribió Ribeiro a finales de la década del sesenta de este siglo. El resto, como diría Verlaine, ¿es literatura?

*En marcha hacia el próximo siglo:
una defensa común*

EN marcha hacia el próximo siglo atravesaremos la fecha 1998, que implica un inevitable momento de reflexión para nosotros, pues fue un siglo atrás cuando empezó a imponerse, dramáticamente, el actual sesgo de nuestros países, y en cierta medida del resto del mundo. En más de un aspecto somos hijos e hijas de aquel 1898 que significó un giro violento: señaladamente para España, por razones obvias; para Cuba, que pasó a ser tierra ocupada y luego protectorado y colonia hasta 1959; y para Puerto Rico, convertida hasta hoy, con un nombre u otro, en colonia de tipo tradicional. (Añádanse los territorios que conquistaron en Asia los Estados Unidos).¹¹ Tres años antes de 1898, la víspera de morir combatiendo en la que debió ser guerra libertadora de Cuba, Martí había explicado en una

¹⁰ Darcy Ribeiro: *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos* [1969], 2a. ed. revisada y ampliada, trad. del portugués por Renzo Pi Hugarte, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972, pp. 355-356 y 354.

¹¹ Sobre el botín general obtenido por los Estados Unidos en su aventura imperialista de 1898, cf. la candorosa y despiadada obra *Our islands and their people as seen with camera and pencil*, introducida por el Mayor General Joseph Wheeler, dos volúmenes, St. Louis, Nueva York, Chicago, Atlanta, N. D. Thompson, 1899. Además de las islas que los Estados Unidos le arrebataron a España en América y Asia en aquella fecha, la obra se ocupa también de "el grupo hawaiano": se trata, dice el prefacio, de un "territorio suficientemente vasto para un imperio" (p. [1]). El racismo de los textos es, por supuesto, desembozado.

carta que era su deber "impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América". No se logró entonces esa independencia: se extendieron por las Antillas los Estados Unidos y cayeron (siguen cayendo) sobre nuestras tierras de América, y de otros continentes, edificando aquel contradictorio "imperio para la libertad" que diseñó Jefferson e historió (y deploró) Guerra. La violenta intromisión imperialista en la guerra por la independencia que los cubanos veníamos librando contra España desde 1868 resultó para nuestra área un "desafío" (en el sentido que daba Toynbee a esta palabra), frente al cual las diferentes "respuestas" (de nuevo en la acepción de Toynbee) son en gran medida nuestra historia contemporánea.

Pero esta incontrovertible realidad, si nos obliga a conocerla y a actuar en consecuencia, no puede llevarnos a permanecer con la cara vuelta al pasado, corriendo el riesgo de convertirnos en estatuas de cenizas; ni a creer que, a diferencia de los demás, este nuevo Imperio va a ser eterno e implica, como ha sido dicho con harta superficialidad, el fin de la historia. También este Imperio es pasajero, aunque no nos corresponda a nosotros ver su fin. Y tampoco es dable en este caso aceptar otra leyenda negra: la que pretende ignorar las tradiciones creadoras, justicieras y aun radicales que son lo mejor del pueblo estadounidense. Tales tradiciones contribuyeron a forjar el pensamiento martiano maduro (elaborado en sus tres lustros de residencia en Nueva York, que sería la capital del siglo xx, como según Walter Benjamin París lo fue del siglo xix), y ayudan a entender la contemporaneidad de ese pensamiento. Las luchas presentes y las que nos esperan, las damos y las daremos con la necesaria colaboración de quienes encarnan esas tradiciones en aquel país: un país donde, por añadidura, es ya tan abundante la presencia latinoamericana y caribeña, así como otras procedentes del Sur. No puede olvidarse que hechos de esa naturaleza desempeñaron un importante papel para la transformación del Imperio Romano, con el que este nuevo Imperio tiene evidentes semejanzas ("la Roma americana" lo llamó Martí en 1894) y, por descontado, evidentes diferencias.

En un editorial ("El martillo que falló sobre Cuba") publicado el 8 de noviembre de 1993, el *New York Times*, al comentar la aplastante derrota infligida cinco días antes en la Asamblea General de las Naciones Unidas a los Estados Unidos en lo tocante al brutal bloqueo/embargo que durante más de treinta años han impuesto

a Cuba, proclamó: "Es difícil recordar una humillación comparable para la diplomacia [norte]americana". Tiene razón desde luego. Como también la tiene en las líneas iniciales de dicho editorial: "La política cubana de Washington es doméstica por delegación". Sólo que esto último no puede limitarse, como de inmediato se hace, a "las pasiones anticastristas de exiliados cubanos enriquecidos y conservadores", etc. Si no siempre "por delegación", "la política cubana de Washington" ha sido en alguna forma "doméstica" durante un largo periodo, según lo revelan observaciones como las mentadas de Jefferson y Adams, y lo recuerdan citas como las de Ribeiro. Y poner fin a esta anormalidad, ni es exclusiva competencia de Cuba, ni es algo que sólo a ella beneficia. De hecho, por ejemplo, si bien los cubanos (y los latinoamericanos y caribeños en general) disponemos de los profundos análisis realizados en las últimas décadas del siglo XIX por Martí en el seno de los Estados Unidos, donde detectó, señaló y combatió los rasgos del entonces naciente imperialismo en aquel país (lo que da a dichos análisis, aún tan poco conocidos allí, una vigencia mucho mayor que la de los realizados décadas atrás, en estadios previos de su desarrollo, por autores difundidos como Tocqueville), durante mucho tiempo los habitantes de nuestra América aprendimos sobre todo en textos estadounidenses los nuevos males que se nos venían encima.

Sin ir más lejos, tan sólo dos años después de la fulminante guerra que sostuvieron contra España en 1898 los Estados Unidos iniciando su conversión en potencia mundial de primer orden, la plataforma del Partido Demócrata de 1900 en aquel país postuló: "afirmamos que ninguna nación puede soportar ser medio república y medio imperio, y advertimos al pueblo [norte]americano que el imperialismo en el extranjero conducirá rápida e inevitablemente al despotismo en el interior". Tal razonamiento ya lo habían expresado (y continuarían expresándolo) estadounidenses del calibre intelectual y moral de William Dean Howells, William James y Charles Eliot Norton, radicalizó el sesgo antiimperialista de otros como Mark Twain, y está en la raíz de libros como *The American empire*, de Scott Nearing (que el amigo de Martí Carlos Baliño tradujo al español en 1921) y *Dollar diplomacy, a study in American imperialism* (1925), del mismo autor y Joseph Freeman. Tales libros proseguirían con obras como las de Julius W. Pratt, *Expansionists of 1898. The acquisition of Hawaii and the Spanish islands* (1963), Herbert Feis, *The diplomacy of the dollar. First era 1919-1932* (1965), Robert L. Beisner, *Twelve against empire: The Anti-imperialists 1898-1900*

(1968), David F. Healy, *U. S. expansionism. The imperialist urge in the 1890s* (1970), Donald Barr Chidsey, *The Spanish-American War* (1971), Philip S. Foner, *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano 1895-1902*, en dos volúmenes (1972), incluyendo algunos sobre el imperialismo reciente de los Estados Unidos, como los de Harry Magdoff. Algunas veces, al concentrarse en el caso de Cuba, los autores, razonablemente, estudian la historia de la Isla en relación con la de los Estados Unidos, según hiciera el propio Foner. Pero no faltan estudios monográficos, como los de Leland Hamilton Jenks, *Our Cuban colony* (1928), el Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos, *Problems of the new Cuba* (1935) o el de Lowry Nelson, *Rural Cuba* (1950). A raíz de 1959, como se sabe, los libros estadounidenses sobre la Cuba revolucionaria se multiplicarían, y me voy a limitar a mencionar tan sólo unos pocos, desde los iniciales de Leo Huberman y Paul Sweezy (1960), C. Wright Mills (1960), Waldo Frank (1961), Herbert L. Matthews (1961) o Robert Taber (1961), hasta otros posteriores de Joseph P. Morray (1963), Lee Lockwood (1967), Edward Boorstein (1968), José Yglesias (1968) o Wayne S. Smith (1987). Este último fue jefe de la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en Cuba hasta que en 1982 renunció a su cargo, y a la carrera diplomática a la que había dedicado veinticinco años de su vida, en desacuerdo con la política de su gobierno (entonces, el de Reagan: Smith había sido nombrado en aquel cargo por el gobierno de Carter) hacia Cuba. El más reciente de los libros que conozco en la línea mencionada, apareció en 1993: *United States economic measures against Cuba. Proceedings in the United Nations and international law issues*, introducción de Richard Falk, editado y con comentario por Michael Krinsky y David Golove. No puedo despedirme de esta muy sucinta bibliografía (que podría ampliarse enormemente, aun dejando de lado apologías triviales que no sirven para nada e injurias groseras aún más inútiles, de las que los medios nos inundan a diario y se han multiplicado, apocalípticamente, tras la evaporación en Europa de lo que se llamó "socialismo real") sin destacar dos hechos: el importante papel que antes incluso de 1959 desempeña Cuba en la historiografía estadounidense, en consonancia con la relación que, *volens nolens*, tienen entre sí ambos países al menos desde principios del siglo XIX; y el honor que representa, para buena parte de lo mejor de la intelectualidad estadounidense, la atención que ha prestado y presta a su pequeño vecino, ante el constante riesgo que éste ha corrido y corre de ser absorbido por la nación voraz en que ha venido a parar la gran ilusión de 1776.

En alguna ocasión, los títulos mencionados, y sobre todo otros similares, nacieron de finalidades exclusivamente académicas, pero en su gran mayoría tienen propósitos nobilísimos: defender *a la vez* las mejores tradiciones y el porvenir mejor de los Estados Unidos, y el derecho de un pequeño país a su independencia: un derecho por el que, como ya recordé y es sobradamente conocido, pelearon victoriosamente en el Hemisferio Occidental, por primera vez, las Trece Colonias en la guerra que hicieron estallar en 1776.

En más de un sentido, el de Cuba es uno de los capítulos recientes de esa pelea que comparte con la iniciada con buena fortuna por los que serían los Estados Unidos. La sarcástica paradoja del hecho está en que los gobernantes del primer país en obtener su libertad en América (convertido luego en nueva metrópoli) dediquen esfuerzos ingentes a impedirle a Cuba un propósito libertador en esencia similar. Desde luego, a dos siglos de distancia no pocos pensamientos y metas de sus respectivos procesos anticolonialistas han sido por necesidad diferentes.

Una relación personal

AUNQUE mi relación personal con los Estados Unidos se inició muy temprano, recién cumplidos mis azorados diecisiete años, cuando pasé un importante pedazo de mi adolescencia en Nueva York, tal experiencia no era imprescindible para vincularme estrechamente con ese país: ya lo estaba desde mucho antes. Pues durante seis décadas, entre 1898, cuando Cuba fue ocupada militarmente por tropas estadounidenses, y 1959, cuando fue depuesto el sanguinario gobierno tiránico de Batista (un acontecimiento que el cine ha difundido en películas como la segunda parte de *El padrino*, de Coppola, y *Havana*, de Pollack), el país donde nació fue un protectorado o una neocolonia de los Estados Unidos, lo que nos hacía a todos los cubanos ciudadanos (de tercer o décimo orden, por supuesto) de aquella nación. Para mal, en lo fundamental, pero como una realidad indudable. Dejando de lado, por obvias, cuestiones específicamente negativas (económicas y políticas) y desde nuestro deporte nacional, el *baseball*, o nuestra música popular, tan felizmente mezclada, hasta el cine, los *comics*, la literatura y aspectos rítmicos y tempo-espaciales, la presencia estadounidense era, y en cierta forma sigue siendo, poderosísima aquí. No fue pues raro que a mis doce o trece años quisiera emular, como primera base y zurdito, a Lou Gehrig, y a mis diecisiete, en una de mis primeras faenas

literarias, entrevistara a Ernest Hemingway, a quien siempre hemos considerado un poco nuestro, mientras Whitman entraba para siempre en mi poesía. Como tampoco fue raro que en 1955 y 1956, al ir a Europa, la cual padecía todavía los estragos derivados de la Guerra Mundial, tuviera la impresión de que viajaba al pasado, en términos tecnológicos. Así se apreciaban las cosas entonces incluso por un joven habanero pobre de la pequeña burguesía.

Ahora bien: Cuba era un país colonizado, y para saberlo, no era necesario (aunque ayudara mucho a ello) vivir aquí. Nos lo decían textos como no pocos de los que he citado. Recuerdo, por ejemplo, cuánto me impresionó siendo aún muy joven, la lectura del mencionado *Our Cuban colony*, que Jenks publicó dos años antes de mi nacimiento. Cuando entre 1957 y 1958, por generosa invitación del gran profesor José Juan Arrom, enseñé en la Universidad de Yale, compré en New Haven un libro escolar de uso, entre cuyos dueños anteriores, que habían dejado estampadas sus señas en la página inicial, había uno de apellido Vanderbilt (*iof all names!*). El conocido libro es la sexta edición (1952) de la *American political and social history*, de Harold Underwood Faulkner, y dedica varias páginas a Cuba. Tras considerar la guerra estadounidense contra España de 1898 añade: "Fue en Cuba donde los Estados Unidos aprendieron la significativa lección de que es completamente innecesario anexas territorio a fin de disfrutar las recompensas financieras del imperialismo".¹² Más adelante "a mediados de la década del veinte [de este siglo] poco había de valor en Cuba que no hubiera sido tomado por los intereses financieros [norte]americanos".¹³ Y por último:

De todo esto resulta evidente que la riqueza cubana ha caído bajo control [norte]americano y que la vida política cubana desde 1898 hasta 1934, y hasta cierto punto también en lo adelante, ha sido ampliamente dirigida desde Washington [nota al pie: "En 1934 la Enmienda Platt fue abrogada y la Tarifa de 1903 fue sustituida por un nuevo tratado comercial"]. "Cuba, —dijo un historiador— no es más independiente que Long Island".¹⁴

Pocos meses después de haber leído estas páginas, estalló en Cuba la revolución, cuya causa haría mía para siempre.

¹² Harold Underwood Faulkner, *American political and social history* [1937], sexta edición, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1952, p. 569.

¹³ *Ibid.*, p. 572.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 572-573.

Voy a concluir este acápite citando tres anécdotas relativas a mi relación con la Academia de los Estados Unidos.

En marzo de 1960, habiendo sido nombrado diplomático de la flamante Revolución Cubana en París (donde había estudiado Lingüística), pasé por Nueva York, y allí el profesor Frank Tannenbaum tuvo la gentileza de invitarme a ir a su aula en la Universidad de Columbia. Cerca de tres años antes había ofrecido en dicha Universidad una conferencia sobre la poesía hispanoamericana entonces actual. Pero el tema que se me pidió esta vez era otro (señal del cambio de los tiempos): las razones y características de la recién nacida revolución de Cuba. Abordé el tema valiéndome, casi literalmente, de razonamientos como los de L. H. Jenks y H. U. Faulkner (aunque sin hacer explícitas las fuentes, pues el carácter informal de la charla no permitía aparato erudito). Para mi sorpresa, Tannenbaum (que se jactaba de su amistad con Lázaro Cárdenas, de quien incluso tenía un retrato en su aula, creo que en compañía de él mismo) no se sintió satisfecho con mis palabras; y para mi sorpresa aún mayor, una señora abandonó ruidosamente el aula, después de decirme con voz alterada que no había oído hablar así de su país, los Estados Unidos, desde los tiempos de Hitler.

A mediados de la década del setenta, volaba sobre el Caribe en un avión estadounidense teniendo a mi lado a otra señora norteamericana que me dijo ser hija de un profesor universitario de historia de los Estados Unidos, a lo que yo correspondí diciéndole por mi parte que yo era lo que un crítico inglés iba a llamar “*an old Yale boy*”, y nos enzarzamos en la habitual conversación genérica y abstracta propia de los aviones, como su aburrida comida. Seguramente al notar mi acento, la señora me preguntó cuál era mi nacionalidad, y se la dije, a lo que ella, con la mayor naturalidad, añadió que en qué lugar de los Estados Unidos yo vivía. Su sorpresa fue mayúscula (palideció incluso) cuando le respondí que yo no vivía allí, sino, como la mayor parte de los cubanos, en Cuba. “Entonces —fue sobresaltado comentario— “¡usted es un hombre de Castro!”. Le expliqué que nunca me había definido así a mí mismo, pero que si eso le facilitaba las cosas, sintiéndome revolucionario de mi país no veía reparo en asentir a sus palabras. Pasó entonces a hablarme de la emigración cubana en los Estados Unidos, sobre la que expresó opiniones en general nada halagüeñas, y me preguntó cuál era la razón, si yo creía que en Cuba había un régimen positivo, de que tantos cubanos abandonaran la Isla. Le contesté que eso tocaba responderlo a ellos, mientras a mí me tocaba explicarle por

qué yo había decidido permanecer en Cuba, no obstante mi amor grande por muchos aspectos de los Estados Unidos. Y le añadí que si me lo permitía, correspondería a su pregunta con una mía: ¿por qué tantos habitantes de las que fueron las Trece Colonias abandonaron su país una vez que obtuvo su independencia de Inglaterra? La respuesta de la señora fue que nunca había pensado en ello, y mucho menos se le había ocurrido relacionar el hecho con la emigración cubana. Le recomendé entonces que hablara del tema con su padre, el profesor de historia de los Estados Unidos, lo que me prometió hacer. Y quizás ambos agradecemos que el vuelo llegara a su destino: el Caribe es un mar a la vez inmenso y breve.

La tercera y última de las anécdotas se refiere a algo ocurrido en una de las varias universidades de los Estados Unidos que me honraron al invitarme a participar en debates sobre los famosos Quinientos Años conmemorados en 1992. En mi intervención, al hablar de la necesidad que tenemos de conocer bien el pasado para orientarnos en el porvenir que constantemente se va volviendo presente, recordé que durante los confusos años de la *perestroika*, en la hoy disuelta Unión Soviética se repetía la broma según la cual cuando el futuro es incierto, el pasado es imprevisible. La broma produjo risa en el auditorio, mayoritariamente juvenil. Entonces hablé de la importancia para nosotros de lo mejor del pasado de un país de la trascendencia de los Estados Unidos, y lo ejemplifiqué con el caso, al que ya aludí, de Martí, quien tanto aprendió durante los tres lustros que vivió en los Estados Unidos, y se alimentó de su herencia democrática y radical. Explicué que al morir Wendell Phillips, en 1884, Martí le consagró dos magníficos artículos: y el retrato de Phillips estaba en su cuarto de trabajo cuando en 1895 abandonó Nueva York para ir a pelear por la independencia de Cuba, donde moriría en combate pocos meses después. También mencioné la repercusión que tuvo en Martí la gran Lucy Parsons, de quien trazó el que probablemente sea el mejor retrato de mujer salido de su mano. Al llegar aquí me detuve, y el viejo maestro que llevo en mí preguntó al alumnado quiénes eran Wendell Phillips y Lucy Parsons. Nadie supo responderme.¹⁵ Me temo que, en cambio, muchos (o al

¹⁵ Wendell Phillips, enérgico abolicionista, defensor de los Comuneros de París y al parecer miembro de la Primera Internacional, ni siquiera aparece considerado en la vasta *Encyclopedia of the American Left* [1990] editada por Mary Jo Buhle, Paul Buhle y Dan Georgakas, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1992; pero sí Lucy Parsons, de quien se ocupa allí Carolyn Asbaugh, autora del valioso libro *Lucy Parsons, American revolutionary*, Chicago, 1976. Tuve la grata sorpresa

menos algunos) de aquellos alumnos hubieran podido recitarme la retahíla de nombres occidentales, incluso de escaso valor, que están ahora de moda. Expliqué entonces a aquellos muchachos, ya no risueños, que cuando el pasado es incierto, el futuro es impredecible.

Como estas palabras que escribo, de tener lectores, provendrán en apreciable medida de la Academia estadounidense, y me encantaría que fueran jóvenes como los que me acompañaron aquella simpática tarde de 1992, volveré sobre lo dicho entonces. ¿Qué futuro pueden esperar quienes saben tan poco de su pasado? Para entender lo que ha ocurrido y ocurre en Cuba, ¿no tendrían que comenzar por entender lo que ha ocurrido y ocurre en su propio país? Son preguntas hechas por quien, como Martí, ama a los Estados Unidos —aunque también, inevitablemente, les tema. Martí escribió en su memorable “Vindicación de Cuba” (publicada en el periódico neoyorkino *The Evening Post* el 25 de marzo de 1889): “Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting”. De Lincoln sabrán sin duda mucho. Ya sé que de Cutting, en cambio, no. Diré pues que fue un atizador de la guerra que quería dar lugar a otra contienda bélica de los Estados Unidos contra México, como la que a mediados del siglo XIX, tras la inicua anexión de Texas, le había arrebatado a ese país la mitad de su territorio y recibió el rechazo de estadounidenses como Lincoln, Emerson, Thoreau, Fuller. Era un buscapleitos como los que en 1898 provocarían en la bahía de La Habana el incidente del acorazado *Maine* para apoderarse de los restos del imperio español, y en 1964 el incidente del golfo de Tonkín, para azuzar la atroz guerra de Vietnam, contra la cual protestaron tantos norteamericanos, incluyendo a un joven estudiante llamado Bill Clinton.

Hermanos después de todo

DEFENDER a Cuba es también defender a los Estados Unidos en lo que tienen de más hermoso, de más generoso. Que por desgra-

de encontrar en dicha *Encyclopedia* a José Martí, aunque la nota que se le dedica contiene algunos errores. A Wendell Phillips sí lo menciona David Herreshoff en *The origins of American marxism. From the transcendentalists to De Leon* [la edición original, de 1967, se llamó *American disciples of Marx*], Nueva York, Monad Press, 1973. No he leído aún, de Oscar Sherwin, *Prophet of liberty; The life and times of Wendell Phillips*, Nueva York, Bookman Ass., 1958, citado en el libro anterior, p. 197, nota; pero sí de Irving H. Bartlett, *Wendell Phillips; Brahmin Radical*, Westport, Connecticut, 1961. José Rodríguez Feo escribió sobre “Wendell Phillips, precursor de la lucha social norteamericana”, en sus *Notas críticas*, La Habana, 1962.

cia no lo es todo, según es habitual en cualquier país. La víspera de morir en combate, Martí escribió en su más difundida carta, que ya cité: "Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David". Ese "monstruo" eran los Estados Unidos que se aprestaban a arrojarse sobre Cuba, y en efecto se arrojaron en 1898. No hace mucho, un amigo europeo que estudia en los Estados Unidos me preguntó en una entrevista si, dado lo mal que nos iban las cosas tras el fracaso en Europa del "socialismo real" y el recrudecimiento del bloqueo estadounidense a Cuba, ésta se resignaría a avenirse al monstruo. Le respondí que no sabía que tenía tan mala opinión del país donde vivía. Porque ni los Estados Unidos habían sido siempre un monstruo (no lo pensó Martí, quien sabía que ellos nacieron como hogar, así fuera insuficiente, de la libertad), ni seguirían siéndolo eternamente. Incluso antes de que ocurran allí los cambios positivos que algún día ocurrirán (aunque nosotros no lleguemos a verlos), en cuanto a la Cuba de hoy no es de suponer que de nuevo pretendan otra vez rendirla por las armas como pretendieron en abril de 1961, y conocieron la derrota de la Bahía de Cochinos; ni es aconsejable que persistan en la opción de asfixiarnos por hambre, enfermedades, escaseces y dificultades de todo tipo, opción que busca hacer sublevar al pueblo cubano llevándolo a creer que los males que ellos provocan son responsabilidad de quienes conducen al país, pues lo que de seguro obtendrían sería multiplicar de Sur a Norte una indetenible ola popular de cólico rechazo que llevaría más bajo que nunca antes el prestigio de una potencia gigantona que llegó a jactarse de invadir la minúscula Granada, como si fuera una broma del peor gusto.

En los Estados Unidos se ha luchado admirablemente contra el colonialismo, la esclavitud, el racismo, el sexismo, el fascismo, el macartismo, las guerras injustas. Y el destino de esos Estados Unidos dignos de 1776, dignos de Lincoln, dignos de la Brigada Lincoln, dignos de un auténtico multiculturalismo, dignos de amor, no puede ser aplastar ignominiosamente a sus vecinos menores, que en el estado actual del mundo deben ser sus aliados (no sus vasallos), probablemente para ser luego aplastados ellos a su vez, dentro de una o dos atemorizadas generaciones, por los grandes rivales que se aprestan a disputarle (o le disputan ya), su hegemonía. No hay que ser muy sagaz para comprobar que mientras Asia muestra al mundo el ejemplo de los NIC (al margen del juicio que hoy nos merezcan y de su dudoso destino final), los Estados Unidos no han permitido el desarrollo *real* ni siquiera de *un* país al sur del Río Bravo, sean

cuales fueren las vías tomadas por nuestros pueblos, donde cunden la miseria, las enfermedades, la violencia y el rencor, que no son aliviados sino multiplicados por las feroces medidas neoliberales que les impone el capitalismo real. Todo ello anuncia males sin cuento para nosotros, claro, pero también para el Imperio, el cual se está rodeando de mendigos que a menudo no ven otra forma de sobrevivir que atravesar sus fronteras cada vez más erizadas frente a las inmigraciones salvajes —con excepciones vergonzosas.

Sólo abandonando, de manera audaz y realista, la arrogancia y los desmanes imperiales podrá salvarse, como lo merece, el vecino pueblo del Norte del que tan cerca estamos, no sólo por la azarosa geografía. El ciudadano Tom Paine escribió como si lo hiciera desde la Cuba actual: “No es por la caridad por lo que abogo, sino por la justicia”. Y en 1855 el jefe Sealh, descendiente al igual que Caballo Loco y Halcón Volador de los saqueados y martirizados descubridores de América, emitió estas palabras con las que voy a terminar:

Tribu sigue a tribu, y nación sigue a nación, como las olas de la mar. Es el orden de la naturaleza, y lamentarse es inútil. Vuestro tiempo de decadencia puede estar distante, pero seguramente vendrá, pues incluso el hombre blanco cuyo Dios caminó y habló con él como amigo con amigo, no puede estar exento del destino común. Podemos ser hermanos después de todo. Veremos.¹⁶

¹⁶ Citado en Paul Jacobs y Saul Landau con Eve Pell, *To Serve the devil*, vol. 1; *Natives and slaves. A documentary analysis of America's racial history and why it has been kept hidden*, Nueva York, Random House, 1971, p. [ix].